

TUMBAS EN PIEDRA, TUMBAS DE PIEDRA. SANTIAGO DE COMPOSTELA Y LOS RITUALES FUNERARIOS EN LA ALTA EDAD MEDIA

JOSÉ SUÁREZ OTERO*

Resumo: Os túmulos escavados na rocha constituem uma das fórmulas funerárias predominantes na grande necrópole medieval que se desenvolveu entre os séculos IX e XII ao redor da igreja de Santiago. Antropomórficos e quase exclusivos em um primeiro estágio (ss. IX-X), tornam-se trapezoidais e, embora coexistam com os túmulos de laje, não menos representativos na fase final do cemitério (ss. XI-XII). Substituem os grandes sarcófagos e dão lugar a outra concepção do túmulo, mais diversificada no formal e estratificada no social, na qual a monumentalidade será substituída pela epigrafia, a abstração simbólica pela concretização textual.

Palavras-chave: Cemitério; Ritual funerário; Tumba; Compostela; Altomedieval.

Abstract: The tombs carved into the rock constitute one of the predominant funerary formulas in the great early medieval necropolis developed between the 9th and 12th centuries around the church of Santiago. Anthropomorphic and almost exclusive in a first stage (IX-X centuries), they become trapezoidal and, although coexisting with the flagstone tombs, no less representative in the final phase of the cemetery (XI-XII centuries). They replace the great sarcophagi and give way to another conception of the tomb, more diversified in the formal and stratified in the social, in which monumentality will be replaced by epigraphy, symbolic abstraction by textual concretion.

Keywords: Cemetery; Funerary Ritual; Tomb; Compostela; High Medieval.

1. INTRODUCCIÓN

Uno de los tipos de tumbas de la necrópolis compostelana que, sin duda, más interés despertaron fue aquel que se caracteriza por estar realizado directamente en la roca. Una de las razones de ese interés fue el integrarse en esa cronológicamente problemática y geográficamente extendida costumbre de realizar la inhumación no sobre tierra, sino sobre roca, estando bajo tierra o al descubierto. Otra, fue la convicción e insistencia, por parte de quienes las descubrieron y dieron a conocer, en una cronología antigua para esas tumbas en Compostela, sino la cantidad y riqueza de la propia muestra. Como todo lo perteneciente al registro arqueológico bajo la catedral, las informaciones conservadas resultan escasas y en muchas ocasiones confusas. Los datos se nos ofrecen previamente interpretados, por lo que tenemos como en tantas

* ANTE (Grupo de Investigación de Análise Territorial), Universidade de Santiago. Email: jsuarezotero@gmail.com.

ocasiones realizar un proceso de deconstrucción de esas informaciones para entresacar los datos objetivos que puedan contener. En lo referente a la necrópolis tenemos un problema añadido, el derivado de que buena parte de esta fue exhumada en las últimas campañas de la intervención de Manuel Chamoso en el subsuelo de la basílica y los resultados de esas campañas nunca fueron publicados. Otra limitación que no debemos olvidar es la que se deriva de la condición de las tumbas que ahora vamos a tratar, el estar realizadas sobre el substrato rocoso y por lo tanto en el horizonte más bajo del registro estratigráfico, horizonte al que no siempre se accedió: la preservación in situ de restos, funerarios o constructivos, situados en niveles superiores impidió la constatación de la existencia o no de tumbas excavadas en la roca bajo esos restos.

Tendremos que reconstruir el conjunto de lo hallado a partir fundamentalmente de José Guerra Campos¹, añadiendo, allí donde sea posible, las informaciones contenidas en las partes sí publicadas por Manuel Chamoso Lamas². El primero nos permite conocer la globalidad de la necrópolis descubierta, el segundo nos permitirá matizar algunos detalles de aspectos concretos de la misma. Finalmente, la planimetría de Francisco Pons Sorolla en su exhaustividad nos permite contrastar las informaciones de Chamoso y de Guerra, lo que adquiere mayor importancia dadas las contradicciones que a veces existen entre esos dos autores³. Una revisión actual de los hallazgos de las distintas campañas de M. Chamoso en el subsuelo de la Catedral sólo es posible allí donde estos son accesibles, algo que solo ocurre bajo el brazo sur del Crucero y la nave mayor del occidental; no así en los brazos menores de ese último, el brazo Norte o la Girola⁴.

2. FORMAS, CONTEXTOS Y EVOLUCIÓN

La evolución de las sepulturas excavadas en la roca compostelanas expresa cambios en la concepción de la propia tumba; cambios que llevarán del sarcófago tardoantiguo a la tumba bajo lápida medieval. El primer grupo de tumbas, aquellas que preceden a la iglesia de Alfonso III se manifiestan diversas en lo tipológico y dispersas en lo espacial. La tumba se excava en la roca, pero su conformación aún acude a las lajas para definir paredes y cubiertas. Lo hace además en una forma simple, como mero contenedor del cadáver, pero sin reproducir los contornos como ocurría en los sarcófagos tardoantiguos, o en los que todavía conviven con estas primeras tumbas en la piedra y que, también y como ocurría en alguno de aquellos, incluyen una epigrafía que individualiza, personifica, el enterramiento. Es, pues, un grupo que

¹ GUERRA CAMPOS, 1982: 443-486, esp. 483-486.

² CHAMOSO LAMAS, 1956a, 1956b, 1957.

³ Sobre F. Pons Sorolla, cf. CASTRO, 2013.

⁴ En las últimas décadas se ha llevado a cabo una revisión conjunta de todas esas informaciones y restos arqueológicos (SUÁREZ OTERO, 1999, 2003, 2012), cuyos últimos resultados, de los que estas páginas son una breve síntesis, se recogen en nuestra Tesis Doctoral (SUÁREZ OTERO, 2015).

representa un momento de transición, en el que tanto la tumba, como el cementerio mismo, parecen expresar una cierta indefinición. La primera, por su variabilidad; el segundo por su dispersión en pequeños grupos, cuando no tumbas aisladas (Fig. 1: Círculos)⁵. Una cronología claramente anterior a la construcción de la basílica de Alfonso III, lo sitúa cronológicamente con anterioridad a fines del siglo IX: el año del 899, fecha de consagración de esa iglesia, es un término *ante quem* seguro⁶, pero es posible que el cambio tuviese lugar incluso algo antes, cuando la iglesia ya estaba arquitectónicamente definida, ca. 880-890.

El segundo grupo responde a criterios tanto formales, con la tumba excavada en la roca de configuración antropomorfa, como espaciales, con la iglesia como elemento vertebrador del cementerio, más homogéneos. La tumba no simplemente se encuentra con la roca, sino que, aunque ahora más alejada por la elevación del nivel de suelo, parece buscarla en un aparente intento de reproducir el sarcófago, pero evitando las dificultades y costes que ocasionaban en este, tanto la materia prima: el granito, ajeno a la geología local; como la elaboración de una pieza exenta: extracción, labrado de paredes externas y realización de cubierta monolítica. Las tumbas se sitúan próximas a las fachadas de la iglesia, la norte, la sur y, especialmente, a la occidental (Fig. 1: Rectángulos; Figs. 2 y 3), donde libre de otras arquitecturas, el cementerio se expande, ladera abajo, en dirección suroeste (Fig. 4 A; y 4 B, fase I; Fig. 5). Acompañan a ese tipo de sepultura, otras que, con fórmulas distintas, siguen insistiendo en la configuración antropomorfa del hueco, al tiempo que acentúan la calidad de las propias tumbas. Nos referimos a las tumbas de ladrillo o de mampostería concertadas, bien elaborados y con los interiores revestidos. Ambas posiblemente presentes ya en la etapa anterior. Al tiempo que parece constatarse un abandono del sarcófago monolítico, pues los preexistentes aparecen amortizados en la fábrica de la iglesia.

El tercer grupo continúa las características del anterior, pero se sitúa exclusivamente en la fachada meridional de la basílica alfonsina, proyectando en esa dirección una parte del cementerio que en la etapa anterior se ceñía a las inmediaciones del muro sur de la iglesia (Fig. 1: Elipse; Fig. 6). Y en él asistimos a la atenuación o desaparición del carácter antropomorfo de la caja (Fig. 7). La ubicación entre arquitecturas de esa parte del cementerio exige la pérdida de la función de estas, liberando el espacio para su nuevo uso (Fig. 8). Dado que esas construcciones correspondían al primitivo palacio episcopal, la construcción de uno nuevo, que aparece reflejado en el muro reaprovechado como cimentación del muro oriental del brazo sur del crucero románico, se convierte en la referencia *post quem* para este grupo. La construcción de ese nuevo

⁵ A esta etapa podrían corresponder una tumba bajo la actual girola, hacia el NE (CHAMOSO LAMAS, 1956b), otra fuera y al SE de esta (CHAMOSO, 1971); o las aparecidas ya alejadas del edificio, hacia el NE y bajo la muralla del s. X (REY SEARA, RODRÍGUEZ PUENTES, 1989; SUÁREZ OTERO, 2003).

⁶ SÁNCHEZ ALBORNOZ, 1981; DÍAZ BUSTAMANTE, LÓPEZ PEREIRA, 1990.

palacio cabe atribuirlo al obispo Sisnando II (951-968), pues existe una referencia explícita a la construcción de un palacio en un pontificado que se caracterizó, además, por una importante actividad edilicia en la que se menciona la presencia incluso de arquitectos y cuya mayor consecuencia será la fortificación del *Locus Sanctus*. Si esa identificación resulta cierta, nos situamos a mediados del siglo X: ca. 960, para esta nueva expansión del cementerio y, más relevante en los objetivos de estas páginas, para el cambio en la configuración de las tumbas excavadas en la roca, con la pérdida paulatina del carácter antropomorfo en su configuración.

En paralelo a esa expansión meridional del cementerio, en el área occidental asistimos a un proceso similar de expansión, pero no tanto en superficie, como en profundidad, pues aquí el terreno se elevará por encima de las antiguas tumbas en roca, generando un nivel de sepulturas de lajas, a las que se añade ahora el reaprovechamiento de antiguos sarcófagos que además proyectan el cementerio un poco más hacia el Oeste. Esa elevación de nivel necesita de muros de contención hacia el extremo occidental, así como aportes de tierras y escombros, elementos ambos que no devuelven a la actividad edilicia de Sisnando II, pues la mencionada muralla del *Locus* cierra al cementerio por todos sus lados, también el occidental, y las nuevas construcciones supusieron una amplia remoción en las áreas circundantes, así como la destrucción de las viejas estructuras a sustituir (Fig. 2: B, fase II)⁷. Esa reutilización de sarcófagos en una parte en la que no se podía acceder a la roca para la construcción de nuevas tumbas, parece señalar que la componente pétreo monolítica en la construcción de la tumba todavía era importante, aunque ahora acompañada de una presencia incipiente de las tumbas de lajas o muretes, de forma trapezoidal simple y elaboración tosca.

También a partir de ese momento nos encontramos con la aparición, y cada vez mayor importancia, de las cubiertas monolíticas epigráficas, en tumbas excavadas en la roca que expresan los cambios en la concepción de la sepultura, ahora no antropomorfa e incorporando las lajas en la definición de sus paredes; sepulturas que casi siempre buscan la proximidad a los muros de la iglesia. Esa asociación de tumbas excavadas en la roca, laudas epigráficas y posición preminente en el cementerio, implica que, todavía y hasta bien avanzado el siglo XI, la tumba pétreo sigue teniendo un valor especial, tanto que al final parece quedar relegada a la parte más importante del cementerio: el lado sur de la iglesia, donde la existencia de pórtico funerario y la propia calidad de algunas de las tumbas, laudas incluidas, sitúan la parte más noble de un cementerio que aún perdurará hasta la construcción de la catedral románica que, en esa parte, tiene una fecha *ante quem* de inicios del siglo XII⁸. Qué esa era

⁷ Sobre la cerca y el cementerio, SUÁREZ OTERO, 2004: 308-312 y 316-319. Sobre los edificios, LÓPEZ ALSINA, 1995.

⁸ De la amplia bibliografía sobre el inicio ahí de la construcción románica, cf. OTERO TÚÑEZ, 1965; SUÁREZ OTERO, 1994; MORALEJO ÁLVAREZ, 1983; WILLIAMS, 1984.

la parte privilegiada lo indica también el que hacia occidente, las tumbas sean ya exclusivamente de lajas, salvo la reutilización de algún viejo sarcófago, aunque asistimos a una nueva ampliación tanto en superficie como en altura del cementerio, donde, además, tendrá una mayor perduración, pues ahí la construcción románica fue más lenta, y podría alcanzar hasta mediados del siglo XII (Fig. 2, B, fase III) los inicios de la construcción de la fachada occidental, con el Pórtico de la Gloria, por el Maestro Mateo — ca. 1168 — podría ser la fecha *ante quem* para ese último desarrollo de la necrópolis⁹.

3. HACIA UNA LECTURA SOCIAL DEL CEMENTERIO

Esa evolución de un cementerio que, recordemos, perdurará cerca tres siglos — desde la construcción de la iglesia de Alfonso III, a fines del siglo IX, hasta un momento avanzado en la construcción románica a situar entorno a mediados del siglo XII — va a contener y reflejar todos los cambios que afectaron al *Locus Sanctus Iacobi* en ese dilatado periodo (Fig. 9). Cambios que llevarán desde el santuario monástico-martirial inicial a la formación de la ciudad medieval, la *Civitas Iacobi*¹⁰. Y las sepulturas excavadas en la roca van a tener un papel destacado en tanto que expresión funeraria de esos cambios (Fig. 10).

3.1. Del siglo IX al X

Las primeras tumbas tienen un carácter exclusivamente antropomorfo, son la fórmula funeraria dominante, sino exclusiva, de una también primera etapa estrechamente relacionado con la iglesia de Alfonso III. Se trata de un conjunto escaso, del que se han descubierto cerca de veinte tumbas y cuya extensión hace pensar que no fueron muchas más, en el que destaca la uniformidad en forma y calidad, así como su concentración entorno a los muros o las proximidades de la iglesia. Respondería bien a una fase en la que el *Locus* tiene un significado exclusivamente religioso y este aún incipiente fue aglutinado en torno a la preminencia del templo dedicado al culto a Santiago y de quien lo regía, el obispo de Iría Sisnando I (ca. 880-920)¹¹. Será la necrópolis de la *Magna Congregatio*, que aunaba la curia episcopal y los monjes de San Paio de Antealtares y de Santa María da Corticela¹². No caben más diferencias que, quizá, el enterramiento de Teodomiro y algún otro de quienes tenían un papel destacado en ese pequeño pero abigarrado grupo eclesiástico. No aparecen tumbas

⁹ Esa datación queda al margen de la problemática existencia previa de la cripta, pues ese espacio fue cerrado y delimitado con la oclusión de la puerta occidental de la muralla de Sisnando II, reformada por el obispo Cresconio (1037-1067), cf. SUÁREZ OTERO, 2003: 66; 2004: 312-317.

¹⁰ LÓPEZ ALSINA, 1988; SUÁREZ OTERO, 2003: 68-77.

¹¹ LÓPEZ FERREIRO, 1899-1905: II, 163-252.

¹² LÓPEZ ALSINA, 1990: 747-753.

que, por su tamaño, puedan remitirnos a enterramientos infantiles, presentes en la necrópolis anterior, como también en los estadios más avanzados de esta.

Pronto asistimos a una ampliación del cementerio, clara frente a la fachada occidental de la iglesia, pero ahí esa ampliación coincidirá con un recrecimiento del terreno que oculta definitivamente a las tumbas excavadas en la roca existentes, al tiempo que impide la creación de otras nuevas. Es posible que la reutilización ahora de los viejos sarcófagos pétreos de interior antropomorfo supla a la tumba en roca, manifestando una continuidad en el ritual funerario y en las características del cementerio mismo. Ese recrecimiento del terreno podría estar en relación de la construcción de la muralla del *Locus*, que cierra el espacio del cementerio por el Norte y Oeste, donde se abría una de sus puertas. Circunstancia que nos lleva a mediados del siglo X, durante el pontificado de Sisnando II (951-968)¹³. Podría ser de este momento la expansión meridional de la necrópolis, donde volvemos a encontrar tumbas excavadas en la roca, posible por ser un área más alejada de la muralla y donde no se constata la mencionada elevación del terreno. Pero, aquí las tumbas van a perder su carácter antropomorfo, todavía insinuado al principio y ya sustituido por la tumba trapezoidal simple, al final. En un momento que el enterramiento en tierra conllevará también la aparición de las primeras tumbas de lajas, rompiéndose así la homogeneidad de la primera fase y derivando en ese cementerio más amplio y diverso que se desarrollará a partir de la segunda mitad del siglo X.

Una variedad que refleja un grupo humano entorno a la iglesia de Santiago también diversificado, en el que, a los clérigos, todavía dominantes, se van a unir los laicos que se establecen en los *vicus* que surgen alrededor del *Locus Sanctus*¹⁴, así como también los primeros peregrinos de fuera del reino astur-leonés.¹⁵ Diversificación que derivará en jerarquización. Si el cementerio se expande hacia el Oeste mediante nuevas fórmulas tumulares que sustituyen a las tumbas excavadas en la roca antropomorfas, en lado sur de la iglesia asistimos al desarrollo de un espacio cementerial privilegiado entorno a dos pórticos funerarios sucesivos que discurrían paralelos y adyacentes al muro sur de la basílica. Espacio caracterizado por tumbas de especial calidad, de paredes de ladrillo o mampostería concertada, revestidas interiormente, o tumbas cubiertas con laudas epigráficas, como la Anastasius (985) o la de Vandila (978), esta última constatando la continuidad del cementerio también en torno a la entrada norte de la iglesia¹⁶. Y aquí la tumba excavada en la roca parece seguir teniendo un

¹³ LÓPEZ FERREIRO, 1899-1905: II, 317-334.

¹⁴ LÓPEZ ALSINA, 1988:242-258.

¹⁵ SUÁREZ OTERO, 2009: 82-92.

¹⁶ CHAMOSO LAMAS, 1957 [2006: 144-146]; 1956b [2006: 86-87]; GUERRA CAMPOS, 1982: 451-452; SUÁREZ OTERO, 1999: 314-315.

papel destacado — la de Vandila lo era, aunque vaya perdiendo el primitivo carácter antropomorfo.

3.2. Entre el siglo X y el XII

Será, sin embargo, a partir de inicios del siglo XI, cuando esa expansión y diversificación tumular del cementerio se haga más evidente. Ahora ya no estamos ante el cementerio del *Locus Sanctus*, sino de la *Civitas* que se está empezando a desarrollar en torno a él. La pérdida de función de la vieja cerca, así como la remodelación de los edificios que lo conformaban, necesaria después de la razzia de Almanzor en el 997, libera nuevos espacios que acogerán una población también en crecimiento¹⁷. Unas condiciones que implican que el cementerio dejará definitivamente de alojar de manera exclusiva a los grupos eclesiásticos, secular o regular — por otra parte ahora más distanciados entre sí¹⁸, para integrar a la nueva población laica y a aquellos de los cada vez más numerosos peregrinos que no regresen a sus lugares de origen. Una amalgama creciente de muertos de diferente condición y origen que provocará la fragmentación social del cementerio. Y de nuevo los sepulcros excavados en la roca van a jugar un papel importante como expresión funeraria de esa diferenciación social.

El uso cada vez más frecuente de las tumbas de lajas no va a hacer desaparecer al sepulcro en la roca, ahora ya definitivamente perdida su condición antropomorfa. Incluso asistimos a una expansión de su uso en la extensión meridional del cementerio, aquella que se desarrolla frente a la fachada sur del templo y entre restos de antiguos edificios, o la presencia también en torno a la entrada principal del lado norte. Esa relación con las entradas apunta ya al carácter privilegiado de este tipo de enterramiento, como también el que su interior esté a veces reforzado por paredes de lajas, pero, sobre todo, porque va a recibir el elemento más expresivo de las tumbas más ricas: las laudas epigráficas. El hecho que su desarrollo, con formas aparentemente más simples, arranque de esas tumbas ricas, en relación directa con la iglesia y más aún con el espacio funerario creado expresamente para acogerlas: pórticos funerarios, indica que el conjunto de tumbas excavadas en la roca del siglo XI siguen manteniendo una especial significación en el conjunto del cementerio.

Las tumbas excavadas en la roca van a romper su uniformidad anterior para mostrarse diversas en su conformación y dispersas en su disposición. En lo primero, la pérdida del carácter antropomórfico parece compensada con una mayor calidad en la elaboración y una también mayor riqueza formal: tumbas trapezoidales levemente antropomorfas, tumbas trapezoidales simples de lados rectos o curvos, tumbas de trapezoidales poco acentuadas y de lados curvos, tumbas excavadas, pero

¹⁷ LÓPEZ ALSINA, 1988: 259-273; 1995; SUÁREZ OTERO, 2003: 73-75.

¹⁸ LÓPEZ ALSINA, 1990: 757.

con paredes de lajas. Pero ambas condiciones otorgan al cementerio un carácter de heterogeneidad, acentuado porque esa mejor elaboración de las tumbas es también en sí variable, y porque, por otra parte, esa nueva riqueza de formas lleva aparejada una mayor variabilidad de las dimensiones. En consecuencia, elaboración, forma y dimensiones expresan en sus variadas combinaciones el carácter marcadamente individual de estos enterramientos, como, por otra parte, señalan las cubiertas monolíticas epigráficas.

En lo segundo, la disposición, asistimos a una fragmentación del cementerio, con tumbas conformando pequeños grupos o dispersas entre estos, siempre con la orientación canónica y por tanto desviadas de la que presenta la iglesia. Lejos de las tumbas estructuradas en hileras entorno a las paredes de la iglesia y con la orientación de esta, ahora las tumbas se alejan del templo y adoptan una disposición en la que hay otros factores que influyen más decisivamente que la relación con la propia iglesia.

Cabría pensar que la elección de esa fórmula en un espacio recién liberado de su uso arquitectónico se debiera simplemente a la inmediatez de la roca base en un suelo que no posibilitó la acumulación de tierras. Sin embargo, la presencia de alguna tumba de lajas contradice esa posibilidad, y el acarreo de tierras siempre sería una opción en un marco en el que las viejas estructuras servirían de muros de contención frente a la pendiente o la lejanía del muro de la cerca. Aunque más relevante sería la condición jurídica, de propiedad, de un suelo que albergaba el antiguo palacio episcopal, y que va a seguir en relación con el que lo sustituye. En definitiva, un espacio entre la iglesia y el palacio episcopal que proyecta un ámbito funerario privilegiado, en el que la fórmula funeraria dominante se materializará intencionalmente en la tumba excavada en la roca, continuando una tradición que estaba unida a una etapa de predominio, sino exclusividad, de los enterramientos del estamento eclesiástico. Cabe pensar que ahora se busca una continuidad en la relación del tipo de sepultura y la condición, sino el estatus, del enterrado.

4. DE LA LECTURA CONCEPTUAL A LA INTERPRETACIÓN HISTÓRICA

Parece claro que la implantación de las tumbas excavadas en la roca de caja antropomorfa supuso un cambio radical en la conformación del cementerio, ahora con un espacio y disposición estrictamente definidos y en relación con la nueva iglesia. Una caracterización que tuvo que responder a criterios de orden religioso también definidos, tanto en la construcción de lo funerario como en su relación con lo cultural. Sin embargo, esa relación genérica no agota la clave ideológica en la construcción a fines del siglo IX de este cementerio. Hay otro detalle, que se aparta de la sepultura excavada en la roca y que podría pasar — lo ha hecho — desapercibido: el aparente rechazo de los

sarcófagos pétreos. Reutilizados en la etapa previa y vueltos a reutilizar en momentos posteriores de esta, ahora aparecen amortizados en los cimientos o bajo los pavimentos de la iglesia, sin que en ningún caso parezcan ni tan siquiera cumplir alguna función estructural. Viejas sepulturas en sarcófagos bien visibles y obstruyendo una necesaria reorganización del terreno, tapas y cajas disociadas, producto de la destrucción de esa área cementerial anterior, fueron absorbidos o desperdigados en los rellenos sobre los que se iba a asentar el nuevo edificio, y en el único ejemplo de reutilización esta solo afectará a la tampa, cuyo sarcófago original será sustituido por una tumba excavada en la roca, todavía antropomorfa como aquel¹⁹. Extraño, cuando las nuevas tumbas se hacen excavando la roca para reproducir una caja antropomorfa que los sarcófagos ofrecían ya hecha y de mejor calidad. O se cubrían con toscas cubiertas a base de lajas irregulares, frente a las laudas monolíticas de cuidada elaboración. En consecuencia, más que desaprovechados, parecen rechazados. Eliminados intencionalmente, porque alguna razón los hacía inadecuados en el nuevo cementerio.

Una actitud más extraña, cuando los sarcófagos parecían todavía jugar un papel relevante en el cementerio preexistente, no solo por el reaprovechamiento de piezas antiguas, sino por la elaboración de otros nuevos, o al menos sus tapas, como es el caso del de Aroaldo, fechado en el 885²⁰, o el posible de Teodomiro que atendiendo a la fecha del óbito habría que llevarlo incluso más atrás, al 847²¹, pero cuyos rasgos apuntan una elaboración posterior, cuando menos a la donación de la cruz de Alfonso III (año 874)²², referente iconográfico de la que aparece grabada en el propio epitafio, y quizá ya en relación con la construcción de la nueva basílica. Y no es que deje de existir la diferenciación por la calidad entre las tumbas del nuevo cementerio. Esta, aunque escasa, aparece reflejada en las tumbas, con paredes bien elaboradas en mampostería concertada o con ladrillos, dentro de lo que fue un primer pórtico funerario en el lado sur de la basílica. Como también es posible que aparezcan las primeras laudas epigráficas. Sin embargo, todo insiste en el aparente rechazo a los sarcófagos y sus tapas con decoración de doble estola, que definen la tradición local y que en Compostela eran relativamente abundantes y accesibles, como evidencia su reutilización en los tiempos inmediatamente anteriores al cementerio de la basílica de Alfonso III, o incluso en una etapa posterior del que estamos tratando. Una basílica que paradójicamente destaca por su vocación de recuperar el pasado, tanto estética como ideológicamente, a través de las columnas de mármol tardoantiguas traídas de *Portucale*, o más de las placas decorativas de

¹⁹ SUÁREZ OTERO, 1999: 310-311.

²⁰ CHAMOSO LAMAS, 1956b; GUERRA CAMPOS, 1982: 450; SUÁREZ OTERO, 1999: 312-313.

²¹ CHAMOSO LAMAS, 1957; GUERRA CAMPOS, 1982: 447-450.

²² LÓPEZ FERREIRO, 1899-1905: II, 169-173; BARRAL IGLESIAS, 1998: 59-63.

ese y otros materiales procedentes de la Coria romano-visigótica²³. Un pasado ya alejado en el tiempo, el romano, que se reivindica expresamente como propio, aunque en gran medida coetáneo de los sarcófagos que, sin embargo, ahora parecen rechazarse. En definitiva, se apela como sostén ideológico a un pasado, alejado en el tiempo y ajeno en el espacio, pero al mismo tiempo parece rechazarse otro no tan alejado, en cierta medida incluso aún presente, en lo temporal, y propio, incluso coincidente, en lo espacial.

Solo dos posibles causas podrían estar detrás de esa oposición sepultura excavada en la roca — sarcófago pétreo. La primera, la necesidad de absorber el conflicto que la plural composición de la *Magna Congregatio* podría generar. Integrar a monjes de varios cenobios y clero secular vinculado a la curia episcopal en una sola realidad eclesiástica necesitaba de una expresión funeraria que invocase esa unidad, no posibilitando la diferenciación en la relación post-mortem con el santuario, al tiempo que señala la preminencia de una sola autoridad en el control del *Locus Sanctus*, en este caso, el obispo en la persona de Sisnando I. La segunda, la intención de evidenciar una ruptura con el pasado inmediato, reflejado en una necrópolis preexistente, pero también en unos sarcófagos que llevan incluso más atrás, al tiempo que expresan una tradición en el ritual funerario, sino en el de las creencias en general, con un marcado carácter local: la *Gallaecia* sueva²⁴. Y se hace al tiempo que se reivindica un pasado aún más lejano y de carácter supralocal: la *Hispania* romana. En definitiva, el nuevo cementerio de tumbas excavadas en la roca parece un reflejo de los cambios en la organización eclesiástica, pero también en lo político, promovidos por la monarquía asturiana en tiempos de Alfonso III y materializados en el que, en ese mismo momento y a través de esos mismos cambios, se convierte en el principal santuario del reino.

BIBLIOGRAFÍA

- BARRAL IGLESIAS, A. (1998). *A ourivería sagrada na Compostela medieval. As doazóns e a devoción a Santiago nos séculos IX- XV*. In SINGUL, F., ed. *Pratería e acibeche en Santiago de Compostela. Obxetos litúrxicos e devocionais para o rito sacro e a peregrinación*. Santiago: Xunta de Galicia, pp. 55- 98.
- CASTRO, B. (2013). *Francisco Pons Sorolla. Arquitectura y restauración en Compostela (1945-1985)*. Santiago de Compostela: Consorcio de la Ciudad de Santiago.
- CHAMOSO LAMAS, M. (1956a). *Noticias de las excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago*. «Compostellanum». I: 2, 349-376.
- CHAMOSO LAMAS, M. (1956b). *Noticias de las excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago (Segunda Fase)*. «Compostellanum». I: 4, 803-856.

²³ SÁNCHEZ ALBORNOZ, 1981; LÓPEZ PEREIRA, 1993.

²⁴ SUÁREZ OTERO, 2020.

- CHAMOSO LAMAS, M. (1957). *Noticias de las excavaciones arqueológicas en la Catedral de Santiago (Tercera Fase)*. «Compostellanum». II: 4, 575-624.
- CHAMOSO LAMAS, M. (1971). *Noticias sobre los recientes descubrimientos arqueológicos y artísticos efectuados en Santiago de Compostela*. «Príncipe de Viana». 32, 35-48.
- DAGENAIS, John et al. (2014). *New perspectives on the romanesque cathedral of Santiago de Compostela, en Santiago de Compostela*. In NICOLAI, B.; RHEIDT, K., ed. *Santiago de Compostela Colloquium, Pilgerarchitektur und bildliche Repräsentation in neuer Perspektive*. Berna: Peter Lank International Academic Publishers, pp. 90-103.
- DÍAZ BUSTAMANTE, J. M.; LÓPEZ PEREIRA, E. (1990). *El acta de consagración de la catedral de Santiago: edición y estudio crítico*. «Compostellanum». 35, 377-400.
- GUERRA CAMPOS, J. (1982). *Exploraciones arqueológicas en torno al sepulcro del Apóstol Santiago*. Santiago de Compostela: Cabildo de la S. A. M. Iglesia de Santiago.
- LÓPEZ ALSINA, F. (1988). *La ciudad de Santiago de Compostela en la Alta Edad Media*. Santiago: Universidad de Santiago.
- LÓPEZ ALSINA, F. (1990). *De la magna congregatio al cabildo e Santiago: reformas del clero catedralicio (830-1110)*. In VV.AA. – *O Bispo D. Pedro e o Ambiente Político-Religioso do Século XI, Actas Congresso Internacional IX Centenário da Dedicção da Sé de Braga*. Braga: UCP, vol. 1, pp. 735-762. .
- LÓPEZ ALSINA, F. (1995). *Implantación urbana de la Catedral románica de Santiago de Compostela (1070- 1150)*. In VV.AA. – *La meta del Camino de Santiago (Catálogo de la Exposición)*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 37-56.
- LOPÉZ FERREIRO, A. (1899-1905). *Historia de la S. A. M. Iglesia de Santiago*. Santiago de Compostela.
- LÓPEZ PEREIRA, J. E. (1993). *Mármoles romanos de la iglesia de Alfonso III: determinación de su origen*. «Madriider Mitteilungen». 34, 275-281.
- MORALEJO ÁLVAREZ, S. (1983). *Notas para una revisión de la obra de K. John Conant*. In CONANT, K. John, ed. *Arquitectura románica da Catedral de Santiago*. Santiago: Colegio Oficial de Arquitectos.
- OTERO TÚÑEZ, R. (1965). *Problemas de la Catedral románica de Santiago*. «Compostellanum». X, 605-640.
- REY SEARA, E.; RODRÍGUEZ PUENTES, E. (1989). *Azabachería 29 (Santiago de Compostela)*. In VV.AA. – *Arqueoloxía / Informes I*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 104-107.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1981). *Mármoles romanos en la iglesia alfonsí de Compostela*. In SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., ed. *Estudios sobre Galicia en la Temprana Edad Media*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza, pp. 511-516.
- SÁNCHEZ ALBORNOZ, C. (1981). *Sobre el acta de consagración de la iglesia de Compostela en 899*. In SÁNCHEZ ALBORNOZ, C., ed. *Estudios sobre Galicia en la Temprana Edad Media*. A Coruña: Fundación Pedro Barrié de la Maza.
- SUÁREZ OTERO, J. (1994). *La moneda de Alfonso VI en la catedral de Santiago*. «Numisma». 235, 47-59.
- SUÁREZ OTERO, J. (1999). *Construyendo Compostela: la necrópolis altomedieval*. In VV. AA., *Santiago. Xelmírez*. Santiago de Compostela: Xunta de Galicia, pp. 306-319.
- SUÁREZ OTERO, J. (2003). *El locus Sancti Iacobi. Compostela en la Alta Edad Media*. In PORTELA, E., ed. *Historia de Santiago de Compostela*. Santiago: Universidad de Santiago, pp. 53-81.
- SUÁREZ OTERO, J. (2004). *Altaria Sancti Benedicti et Sancti Antonini fuerant in turribus... Santiago de Compostela: definición y significado de la puerta en un santuario fortificado*. In SHATTNER, Th. G.; VALDÉS, F., ed. *Stadtere. Bautyp und Kunstform*. Iberia Archaeologica, Mainz, pp. 305-323.
- SUÁREZ OTERO, J. (2009). *Moneda, Peregrinación y Comercio. Una nueva perspectiva del Camino de Santiago en la Edad Media*. In *VIII Memorial Filgueira Valverde. Reflexos da peregrinación e do culto a Santiago*. Pontevedra: Diputación de Pontevedra, pp. 81-114.

- SUÁREZ OTERO, J. (2012). *Galicia, la crisis del siglo VIII y la transición al mundo medieval. Nuevas propuestas para viejos problemas*. In CABALLERO, L.; MATEOS, P.; GARCÍA DE CASTRO, C., ed. *Asturias entre visigodos y mozárabes*. Anejos de «Archivo Español de Arqueología». LXIII, 415-442.
- SUÁREZ OTERO, J. (2015). *Locus Iacobi. Orígenes de un santuario de peregrinación*. Santiago de Compostela: Facultade de Xeografía e Historia da Universidade de Santiago. Tese de Doutoramento.
- SUÁREZ OTERO, J. (2020). *Santiago, entre Suevos y Visigodos. Territorio, conflicto y poder en los orígenes del enigma jacobeo*. In LÓPEZ QUIROGA, Jorge, ed. *Conversion, Religious Leadership and the Christianization of the Landscape in Late Antiquity*. Oxford: BAR International Series.
- WILLIAMS, J. (1984). *La arquitectura del Camino de Santiago*. «Compostellanum». XXIX, 3-4.

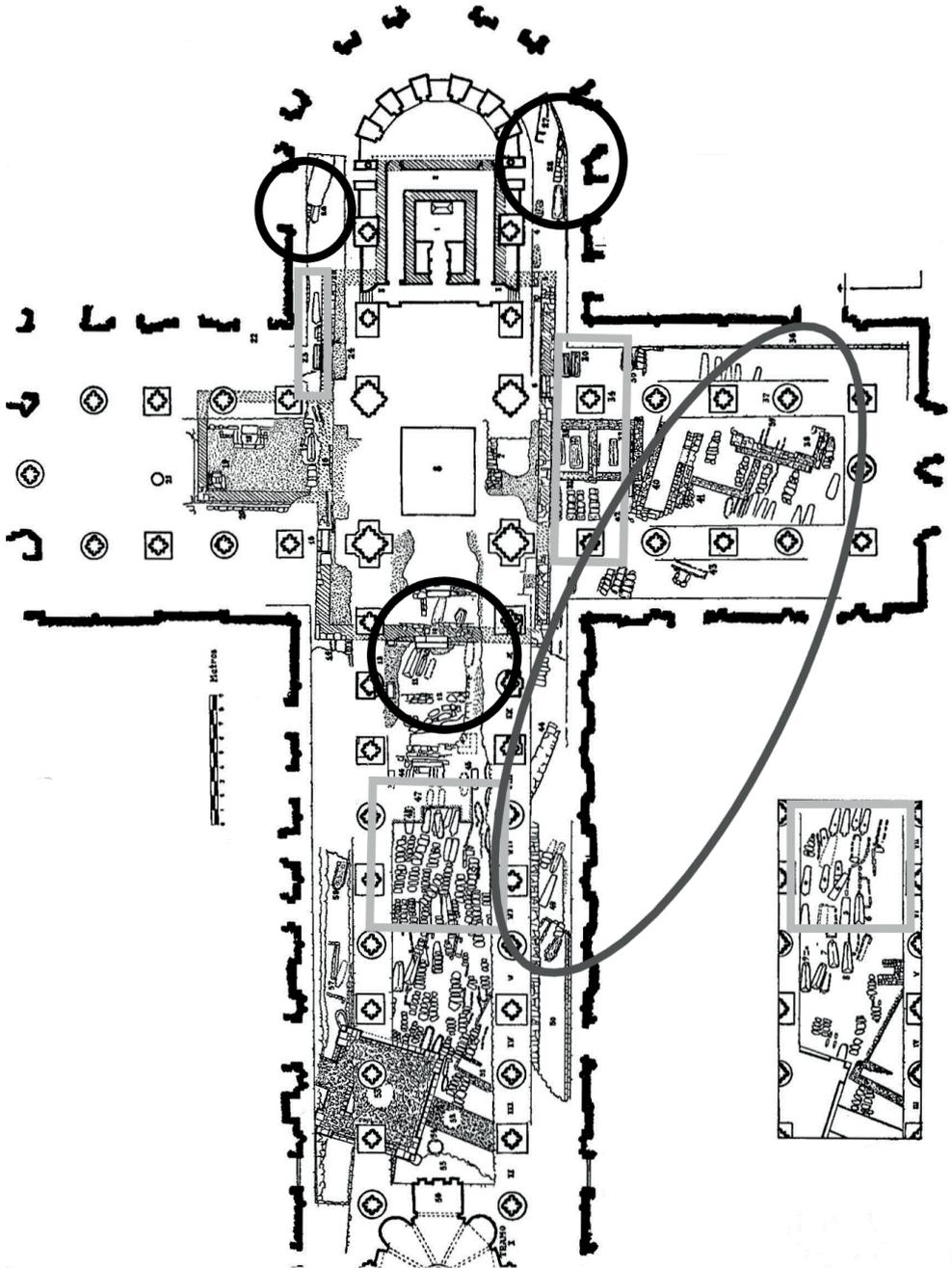


Fig. 1. Lectura evolutiva da necrópolis altomedieval compostelana. Círculos: Fase I. Antes ca. 880; Retângulos: Fase II. Siglo. X; Elipse: Fase III. Siglo XI
Fuente: Planimetría de F. Pons Sorolla, en Guerra Campos (1982)

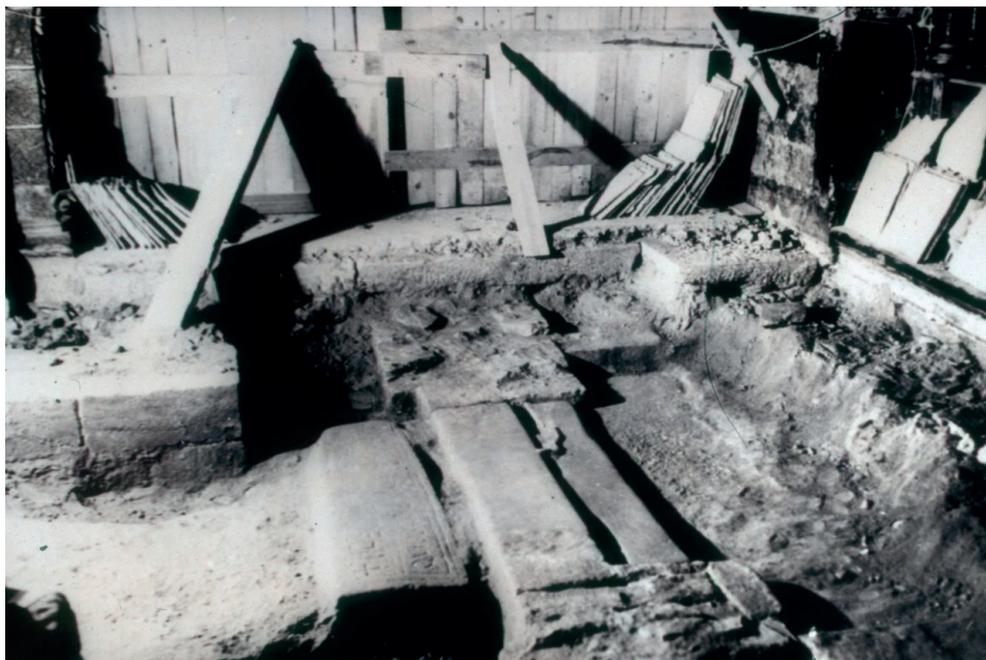


Fig. 2. Tumbas excavadas en la roca con lápida epigráfica. Puerta meridional (arriba) y puerta norte (abajo)
Fuente: M. Chamoso Lamas (Arquivo Museo Catedral de Santiago)

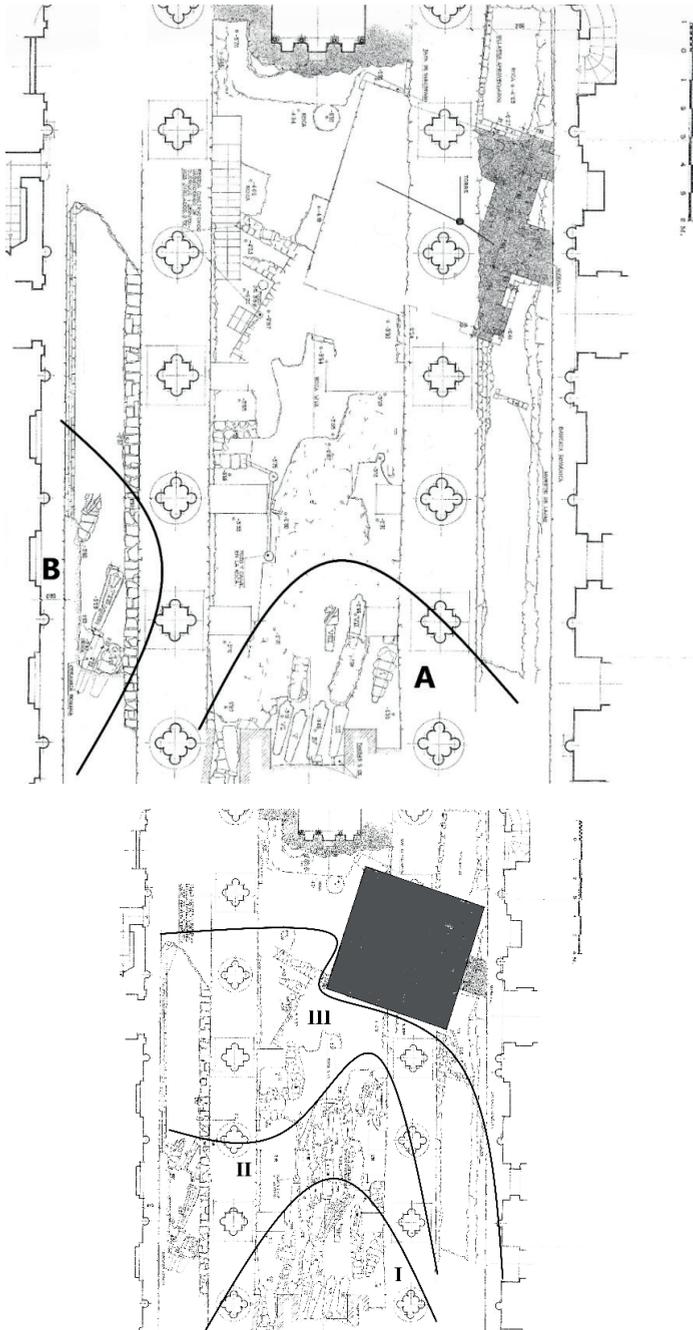


Fig. 4. Necrópolis bajo el Brazo Occidental de la catedral. Arriba, tumbas excavadas en la roca al Oeste de la iglesia de Alfonso III: A núcleo occidental. B. Proyección del núcleo Meridional. Abajo. Evolución de la necrópolis: I - s. IX-X; II - s. X-XI; III - s. XI-XII

Fuente: Planimetría de F. Pons Sorolla, en Guerra Campos (1982)



Fig. 5. Necrópolis bajo la Nave central del Brazo Mayor del Crucero. Arriba, vista general. Abajo, tumbas frente a la fachada occidental de la Iglesia de Alfonso III
Fuente: M. Chamoso Lamas (Arquivo Museo Catedral de Santiago)

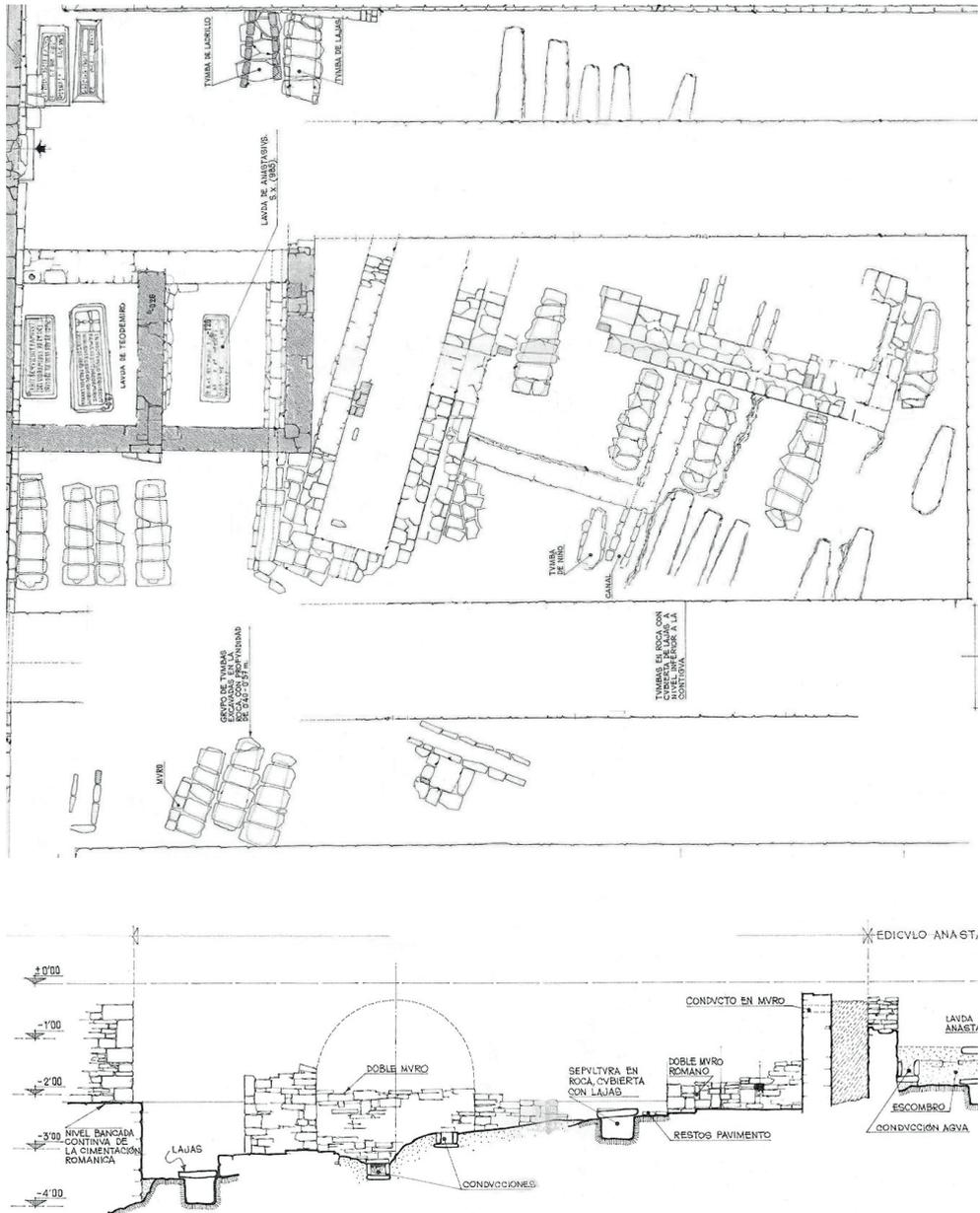
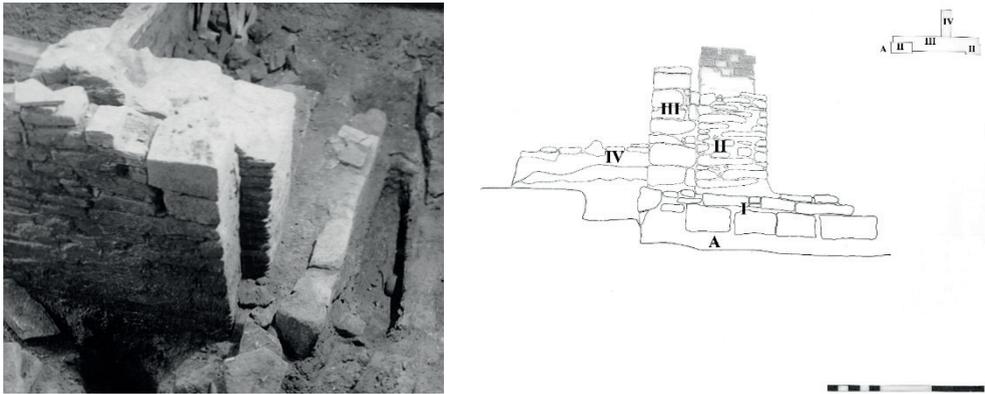


Fig. 6. Tumbas Excavadas en la roca. Brazo Sur del Crucero

Fuente: Planta y alzado, a partir de la planimetría de F. Pons Sorolla, en Chamoso Lamas (1957)



Fig. 7. Tumbas excavadas en la roca. Brazo Sur del Crucero: Nave central (1-3) y grupo en la nave menor Este
Fuente: M. Chamoso Lamas (Arquivo Museo Catedral de Santiago)



A



B



Fig. 8. Tumbas excavadas en la roca. Brazo Sur del Crucero. Estratigrafía y contexto: A. Tumba y muros del primitivo palacio episcopal (I-IV). B. Tumbas entre la basílica de Alfonso III y el «edículo de Teodomiro»
Fuente: M. Chamoso Lamas, Archivo Museo Catedral

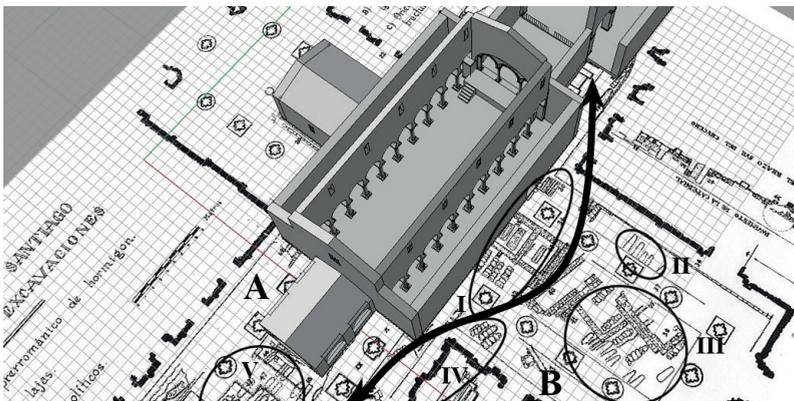
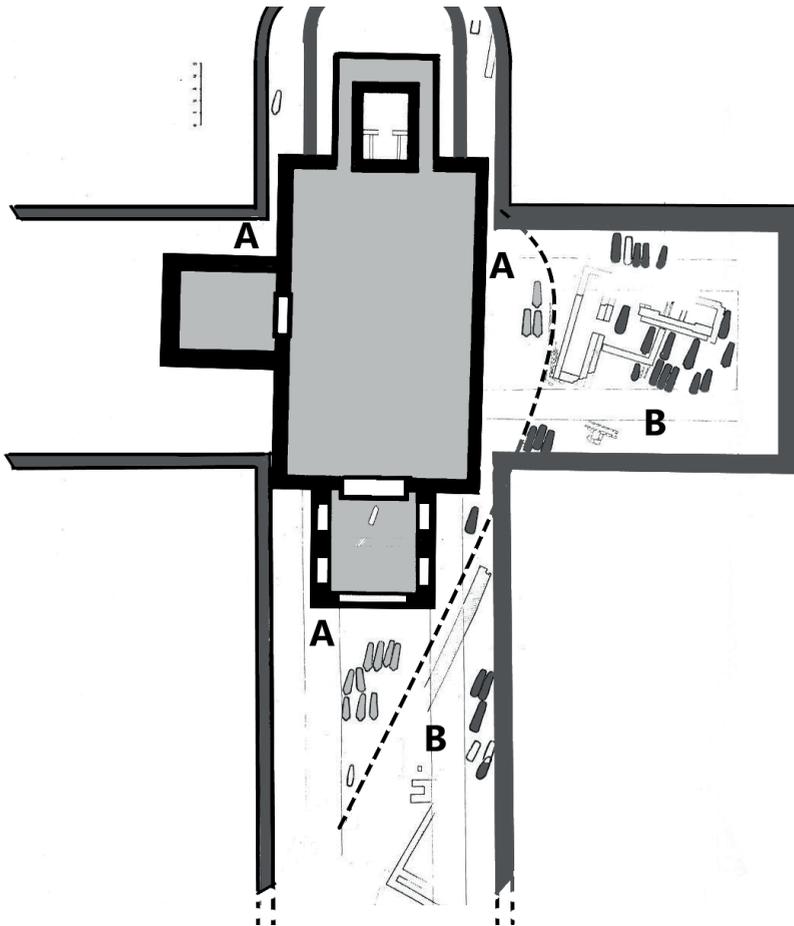


Fig. 9. Grupos de tumbas excavadas en la roca en el cementerio altomedieval compostelana. A. Fase II. Tumbas antropomorfas (ss. IX-X). B. Fase III. Tumbas trapezoidales (Ss. X-XI)

Fuente: Planta a partir de croquis en J. Guerra Campos, 1982; Reconstrucción virtual: UCLA Project (© Regents of the University of California)

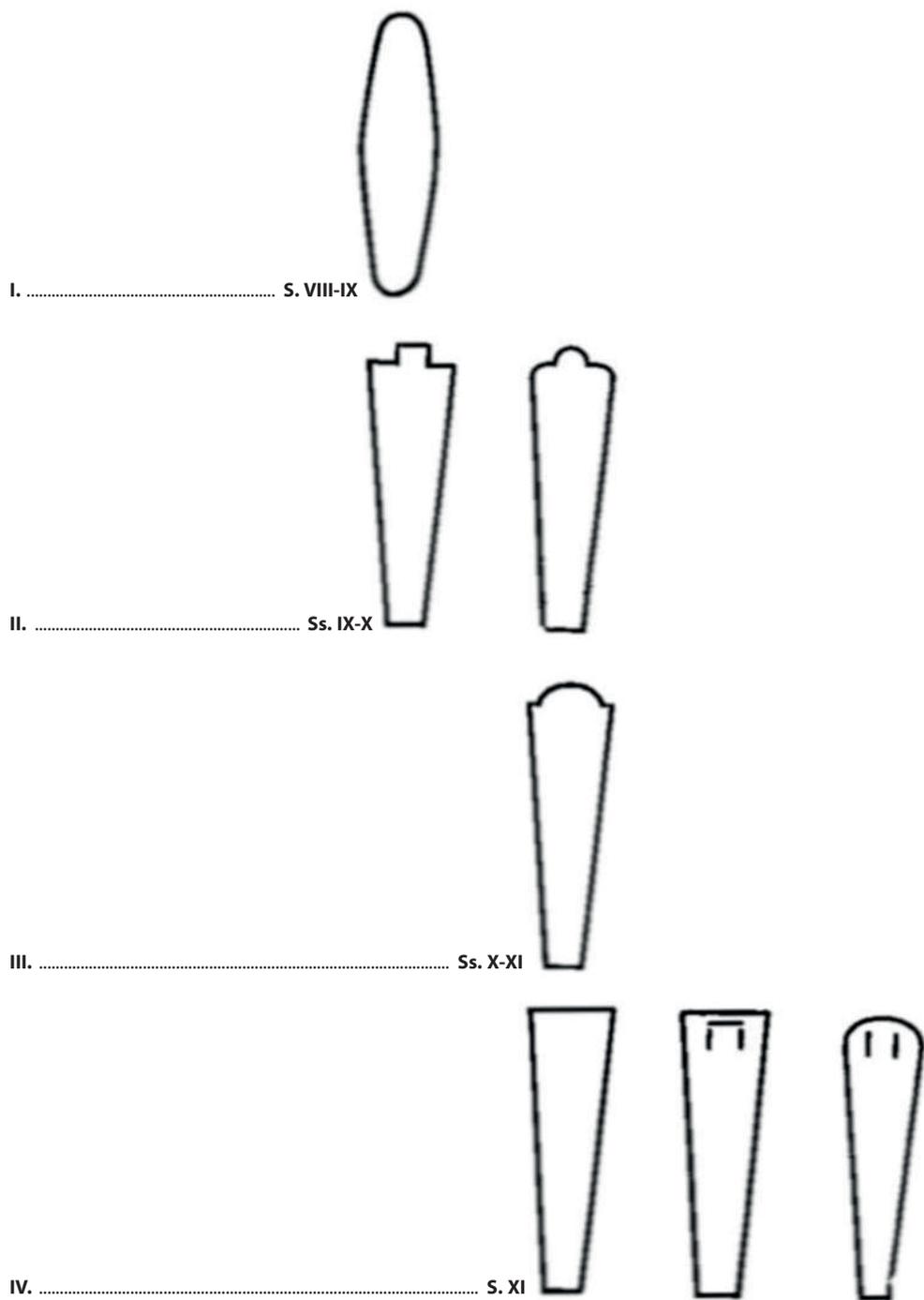


Fig. 10. Evolución formal, con datación contextual, de los sepulcros en roca compostelanos
Fuente: Elaboración propia